

## **Justo Sierra Méndez**

(Campeche, México, 1848 – Madrid, 1912)

### **Tres Cruces**

Murieron, su deber quedó cumplido;  
mas del paso del bárbaro monarca  
guardaron las Termópilas la marca  
clavando en una cruz al gran vencido.

Cadáver que bien pronto ha repartido  
a jirones el viento en la comarca  
y en cuyo pecho roto por la Parca  
el águila del Etna hace su nido.

La sangre de Leónidas que gotea  
en la urna de bronce de la historia,  
a todo pueblo en lucha por su idea

ungirá con el crisma de la gloria,  
como a Esparta en el día de Platea  
al compás del peal de la victoria.

## **Wenceslao Alpuche**

(Tihosuco, Quintana Roo, entonces Yucatán, 28 de  
septiembre de 1804 - Tekax, Yucatán, 2 de septiembre de 1841)

### **Al suplicio de Morelos**

¿Qué es el cadalso cuyo solo nombre  
terror infunde al corazón más fuerte?  
Es del perverso ignominiosa muerte;  
seguro dique a la maldad del hombre.

Paz y quietud la sociedad desea,  
y sus inmensos bienes asegura  
cuando del criminal la sangre impura  
sobre el cadalso fúnebre gotea.

Mas si a los héroes de inmortal memoria  
sobre él furioso el déspota presenta,  
no es el cadalso, no, del héroe afrenta;  
es el templo y el trono de su gloria.

De verdugos cercado así fallece  
tu vengador ¡oh patria! el gran Morelos  
mas coló del cadalso hasta los cielos,  
y en el orbe su gloria resplandece.

Tú eras, Morelos, la terrible espada  
que Anáhuac levantó contra el tirano,  
gozóse al verte el suelo mexicano,  
y tembló la opresión amedrentada.

Tú eras de libertad el soplo ardiente  
que disipar la servidumbre pudo,  
pero obstinado el español sañudo  
alzar te vio la aterradora frente.

Y un patíbulo atroz te preparaba  
su mano con mortal desasosiego,

creyendo así extinguir el sacro fuego  
que la naciente libertad brotaba.

Tú, ajeno de temor, le combatiste;  
coronó tus esfuerzos la vitoria;  
¡pero con tanta afán, con tanta gloria  
la infamia de tres siglos sacudiste!

Ráidas fueron tus sagradas manos  
que por la patria armada combatían.  
Ráidas sin piedad, sangre vertían,  
que no sació el rencor de los tiranos.

Tu sangre en el cadalso derramada  
el premio fue de tus gloriosos hechos;  
mas no el suplicio abate heroicos pechos;  
tu sangre con furor será vengada.

No en vano resonó doliente grito  
que lanzaste al morir, grito terrible,  
que del fiero español aborreciste  
hasta el nombre feroz dejó proscrito.

Aquel grito postrero de agonía  
*mirad, nos dice, de mi sangre el lago;*  
y despertó la patria, y a su amago  
se desplomó su horrenda tiranía.

## Alfonso Reyes Ochoa

(Monterrey, 17 de mayo de 1889 - México, D.F., 27 de diciembre de 1959)

### Glosa de mi tierra

*Amapolita morada  
del valle donde nací:  
sino estás enamorada,  
enamórate de mí.*

I

Aduerma el rojo clavel  
o el blanco jazmín de las sienes;  
que el cardo es sólo desdenes,  
y sólo furia el laurel.  
Dé el monacillo su miel,  
y la naranja rugada  
y la sedienta granada  
zumo y sangre —oro y rubí;  
que yo te prefiero a ti,  
amapolita morada.

II

Al pie de la higuera hojosa  
tiende el manto la alfombrilla;  
crecen la anacua sencilla  
y la cortesana rosa;  
donde no la mariposa,  
tornasola el colibrí.  
Pero te prefiero a ti,  
de quien la mano se aleja:  
vaso en que duerme la queja  
del valle donde nací.

III

Cuando, al renacer el día

y al despertar de la siesta,  
hacen las urracas fiesta  
y salvas de gritería,  
¿por qué, amapola, tan fría,  
o tan pura, o tan callada?  
¿Por qué, sin decirme nada,  
me infundes un ansia incierta  
—copa exhausta, mano abierta—  
si no estás enamorada? IV

¿Nacerán estrellas de oro  
de tu cáliz tremulento  
—norma para el pensamiento  
o bujeta para el lloro?  
No vale un canto sonoro  
el silencio que te oí.  
Apurando estoy en ti  
cuánto la música yerra.  
Amapola de mi tierra:  
enamórate de mí.

## **Amado Nervo**

(Tepic, 1870 – Montevideo, 1919)

### **En paz**

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida,  
porque nunca me diste ni esperanza fallida,  
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;

porque veo al final de mi rudo camino  
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;

que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,  
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:  
cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

...Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:  
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;  
mas no me prometiste tan sólo noches buenas;  
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.  
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!